

# LA SOCIEDAD DEL SIGLO DE ORO VISTA POR EL BIÓGRAFO DE FRANCISCO DE YEPES, FRAY JOSÉ DE VELASCO

*Ana Díaz Medina*  
*Universidad de Salamanca*

El año 1607 se publica en Valladolid una obra sobre la vida del venerable Francisco de Yepes hermano de San Juan de la Cruz. Su autor es un fraile de la Orden del Carmen que, con sencillez y agilidad, nos va exponiendo las virtudes y hechos milagrosos que rodearon la vida de este hombre<sup>1</sup>.

Estamos por lo tanto ante un relato biográfico catalogable en ese género que denominamos vidas de santos; y en el que lo extraordinario, lo milagroso y lo sobrenatural es el hilo conductor del relato. Por tanto, no debe sorprendernos que ángeles, santos y demonios irrumpen permanentemente en el escenario de los acontecimientos; sin olvidar que Francisco de Yepes recibe constantemente revelaciones de Dios sobre las conductas humanas con afirmaciones que recoge su biógrafo con precisión y rigor notariales.

La obra queda, pues, encuadrada en el género hagiográfico, puesto que si bien Francisco de Yepes no alcanza la santidad como su hermano, Fray José de Velasco parece querer demostrarnos que no anduvo lejos de ella. Por esto la narración acaba por quedar al margen de lo que suele denominarse realidad histórica, puesto que el autor acaba construyendo una historia en la que el personaje biografiado es algo más que un ser real, transformándose en un ideal de vida, en un modelo de pobreza y de virtud. Y así, Fray José de Velasco va creando la biografía de un pobre del Quinientos, alguien inmerso en el mundo de la marginalidad y la miseria. Un mundo en el que la práctica de la mendicidad andaba, en ocasiones, rozando la frontera de la picaresca.

Todo ello aderezado con las permanentes revelaciones que recibe Francisco de Yepes que son, a veces, tan sorprendentes que él mismo parece resistirse a creerlas, puesto que podrían ser añagazas del demonio para confundirlo.

<sup>1</sup> Fray José de Velasco: *Vida del venerable varón Francisco de Yepes que murió en Medina del Campo*, año 1607. En Valladolid por Gerónimo de Murillo, año 1617. Debo la referencia de esta obra, y la posibilidad de utilizarla, a mi buen amigo Salvador Ros García. Desde aquí mi agradecimiento.

Se trata, por tanto, de una fuente muy interesante para el conocimiento de las mentalidades, y de esa religiosidad popular, sencilla y cotidiana, en la que la revelación, el milagro, o los sempiternos debates y contiendas con el demonio, o con legiones de demonios, acaban por ser el asidero al que las gentes se agarran para superar, o para justificar, los desequilibrios sociales, económicos y espirituales del momento.

Pero además de esto, la biografía de Francisco de Yepes —interesante por tantos aspectos— lo es también como testimonio social, puesto que a través de una vida que discurre a lo largo del llamado Siglo de Oro, podemos ver desfilar a elementos procedentes de distintos sectores sociales: desde el mundo de la marginalidad (mendigos, expósitos, prostitutas y pobres vergonzantes) hasta los poderosos, los miembros de la Iglesia, o algunos representantes de los sectores intermedios.

## LA PERMANENTE CONTIENDA CONTRA EL DEMONIO

Aunque Fray José de Velasco nos asegure que los tiempos no son muy adecuados para escribir sobre prodigios y milagros, eso no impide que en su narración ángeles, santos y demonios, apariciones o milagros sean algo tan habitual como lo era para los hombres de la época el mezclar lo natural con lo sobrenatural sin demasiadas matizaciones racionalistas<sup>2</sup>.

Por eso, uno de los aspectos más sobresalientes de la obra lo constituyen los permanentes combates que con el diablo, o con «legiones de diablos», tiene que sostener Francisco de Yepes. Tan descomunales batallas que duraron más de sesenta años, como nos recuerda repetidas veces su biógrafo, se materializan a veces en diálogos casi familiares, puesto que un enfrentamiento tan cotidiano acaba por desdramatizarse; máxime cuando el protagonista se muestra cada vez más seguro de que Satanás fracasará en su empeño, ya que toda la Corte Celestial está de su parte, y acude en su ayuda, por lo que Francisco de Yepes acaba por perderle el respeto al demonio, despreciando sus burdas artimañas, ya que después de tantos años de peleas acaba por conocer todos sus trucos, distinguiéndolo fácilmente bajo las diversas figuras que adoptará para confundirlo.

Por ello, y por la protección divina, la cruzada de Francisco de Yepes contra el demonio será un permanente triunfo, pese a que el demonio supla su ineficacia con constancia, no abandonando sus objetivos a pesar de sus repetidos fracasos y manteniendo presiones y molestias sobre el venerable varón hasta en su mismo lecho de muerte como nos refiere Fray José de Velasco<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> El problema estaba en el ambiente, como se demuestra manejando las obras de Lutero o Santa Teresa. Sobre la omnipresencia del demonio en los actos más triviales ver: M. Fernández Álvarez: *La Sociedad española del Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 630 y ss., donde comenta la vida de San Juan de la Cruz.

<sup>3</sup> Estando Francisco de Yepes en su lecho de muerte el demonio le molestaba quitándole, una y otra vez, la ropa de la cama; por lo que el siervo de Dios le decía: «Dexa la ropa traydor, traydor,

La presencia del demonio podía constatarse, según los escritores de la época, por el olor desagradable que desprendía, o por los ruidos de todo tipo que provocaba como nos recuerda el Maestro Ciruelo <sup>4</sup>.

Fray José de Velasco incide una y otra vez en este extremo, asegurándonos cómo el demonio trataba de atemorizar al siervo de Dios: «haziendo ruydo y dando golpes en las arcas y paredes» <sup>5</sup>. Más adelante afirma que estando en una ocasión Francisco de Yepes rezando en la iglesia, el demonio trataba de estorbarle y distraerle levantando «tanto ruydo y estruendo que parecía que se quería caer la iglesia» <sup>6</sup>. Sin olvidar que en alguna ocasión el afán de notoriedad de Satanás le llevó a utilizar, para llamar la atención de Francisco de Yepes, «una bozina», con la que a punto estuvo de provocar irreparables daños a su enemigo, puesto que casi lo dejó sordo <sup>7</sup>.

Junto a tan estruendosas actuaciones, Satanás parecía entretenerse no dejando dormir tranquilas a las gentes; además de quitarles la ropa de la cama, como ya vimos antes, los arrastraba y sacaba del lecho, como se nos indica en otros relatos, y como nos asegura Fray José de Velasco <sup>8</sup>, o sencillamente se acostaba junto al durmiente roncando, «como si fuera un osso». Cuando esto último le sucedió a Francisco de Yepes, como avezado en estas lides, no se turbó y —nos dice Fray José de Velasco— «le daba golpes y pellizcaba para que se marchase», aunque al parecer con escasos resultados, porque:

«a quien no hazian huella los fuegos y martilladas del infierno, menos le harían los pellizcos que le daua el siervo de Dios» <sup>9</sup>.

Ruidos, estruendos, alborotos o insomnios provocados por el demonio, que aparece además, bajo las más diversas apariencias tratando de confundir a los buenos cristianos.

Junto a las clásicas apariciones bajo figura de perro, gato, león, lobo, gallo, «o de otro animal bruto» de que nos habla el Maestro Ciruelo <sup>10</sup>, Fray José de Velasco nos lo presenta bajo aspectos mucho más diversos e ingeniosos. Así, cuan-

dexa la ropa». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 62. También en Maestro Ciruelo en su: *Reproución de las supersticiones y hechizerias*, publicada en Salamanca en 1538, asegura que el demonio «viene a la cama donde duermen las personas y les quita la ropa de encima». Edic. Albatros, 1978, p. 51.

<sup>4</sup> «Mas porque emos dicho que vna de las maneras en que el diablo se aparece...es haziendo estruendos y espantos por las casas...y da golpes en las puertas y ventanas y echa cantos y piedras». Pedro Ciruelo: *Reproución* etc. p. 50.

<sup>5</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 47.

<sup>6</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 182.

<sup>7</sup> «se llegó el demonio a su oreja, y le atronó el oydo con vn gran sonido de vna vozina. Fué tan recio que le dexo tan sordo y atronado, que no salía de sí, y por poco no dió con él en el suelo». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 199.

<sup>8</sup> En sus años mozos Francisco de Yepes salía con algunos jóvenes a cantar por las noches, y a veces dormían en las iglesias, lo cual no agradaba al demonio «por la apariencia que tenía de bueno». Por eso, «procuraba con espantajos y ruidos que hazía echarle de allí...En las alhombros que se echaua a dormir le arrastraua, y le lleuaua de un cabo a otro». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 8.

<sup>9</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 50.

<sup>10</sup> Pedro Ciruelo. Op. cit. p. 49.

do toma figura humana suele hacerlo con apariencia de mujer: «galana y hermosa», «deshonesta», o «charlatana». Formas todas ellas bastante clásicas y, por tanto, fáciles de reconocer para cualquier experto. Aunque resulta algo más difícil percibir el engaño cuando el diablo se presenta, mas sutilmente, como una mujer desconsolada que pide protección o como la mismísima Virgen María.

Con todo, lo más frecuente es que adopte el aspecto de animales que haciendo «ruydos y voces», toman «unas vezes figuras de perros, y otras de ossos, y de bueyes, caualllos y otros animales»<sup>11</sup>. Con frecuencia el demonio aparece como un perro; a veces, algo juguetón, como aquél que con sus dientes le rompe la capa al siervo de Dios para que no vaya a misa; aunque éste, naturalmente, acaba reparando el daño y consigue llegar a tiempo<sup>12</sup>. Pero lo habitual es que la sola presencia de este perro/demonio sea terrorífica, como aquél que nos describe Fray José de Velasco «tan grande como un pollino», que mostraba unos dientes «como ascuas de fuego», al tiempo que echaba por la boca llamas como de un horno»<sup>13</sup>.

También el demonio comparece bajo apariencia de determinadas aves, las más de las veces negras, y «mayores que cuervos», que con sus ruidos pretenden estorbar las oraciones del siervo de Dios, o de gansos; aunque a éstos Francisco de Yepes les perdió pronto el respeto, puesto que los «echó a coces con harta priesa». Claro que en esta ocasión hubo sus dudas sobre si eran demonios o brujas con sorprendentes hábitos de vampiro<sup>14</sup>.

Otras veces el demonio, o por mejor decir, las «legiones de demonios», se presentan bajo apariencia de insectos: «avejones, moscas y mosquitos»; llegando en estos casos en tal número que, nos asegura Fray José de Velasco, «quitaban la luz de las estrellas y no se vía el cielo»<sup>15</sup>.

Fray José de Velasco nos describe una vida en permanente lucha contra esas legiones de demonios, ofreciéndonos con ello un testimonio de enorme valor sobre la ideología de los hombres del Siglo de Oro que conviene destacar, prescindiendo de la verosimilitud de los hechos relatados.

Por otra parte, aunque las contiendas concluyeran con grandes victorias para Francisco de Yepes, no por eso dejó de verse en enormes aprietos. Al principio, cuando se inician estas confrontaciones con Satanás, él era novato y no sabían bien como responder a las tretas diabólicas, por lo que andaba lleno de recelos, pero Dios le ayudó «y le hizo perder el temor en las grandes guerras que con los demonios tuvo». Por ello, después de esos primeros enfrentamientos fue co-

<sup>11</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 13.

<sup>12</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 56.

<sup>13</sup> Fray José de Velasco. Op. cit., p. 50 y 51.

<sup>14</sup> Fray José de Velasco nos asegura que «asíó a uno de los gansos por el pescueço, y primero que le desasió quedó bien maltratado. Huuo sospecha...que eran bruxas, porque a vn niño huerfano por criaua en su casa tratauan mal, y estuuu muy malo». Op. cit. p. 51.

<sup>15</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 62.

giendo oficio, por lo que el biógrafo comenta que, «estaba ya tan diestro y experto en semejantes ardidés de Satanás que no luego se alteraba»<sup>16</sup>.

De todas formas, aunque fuera alcanzando pericia, las situaciones eran difíciles, puesto que, en ocasiones, «los demonios venían a las manos con él». En tan desiguales combates a punto estuvo de perder la vida, porque el demonio desesperado de no atinar con el procedimiento adecuado para atrapar su alma, intentó matarlo. Esto fue lo que le sucedió, por ejemplo, yendo camino de Valladolid, cuando le atacaron muchos demonios a un tiempo «y le tenían casi ahogado». Contó en esta ocasión con la ayuda de su ángel de la guarda, pero aún así quedaron los demonios en la habitación, «como lobos hambrientos que les han quitado la presa»<sup>17</sup>.

En otra ocasión, cuando iba a predicar a unas monjas, el diablo lo lanzó contra un pino, y allí estuvo colgado tres días con sus tres noches. Aunque más grave fue aquel otro momento en que los diablos le echaban «las uñas a la garganta», y para librarse de ellos tuvo que invocar con el pensamiento los nombres de Jesús y de María, al no poder pronunciarlos, (como era de rigor en estos casos), puesto que los demonios, sin duda para estorbarlo, «le tenían asida la lengua»<sup>18</sup>.

Como podemos ver, Fray José de Velasco describe con tal vigor, realismo y lujo de detalles estas confrontaciones que parece haber sido testigo presencial de las mismas; añadiendo además las exclamaciones que en tales circunstancias proferían los diablos, como aquella de: «gran deseo tenemos de hazerte pedaços».

Pero aunque quisieran destrozarlo, los demonios se quedaban siempre con las ganas, y por ello, Fray José de Velasco intercala, en los relatos de estas contiendas, los lamentos de estos a los que se podría calificar como pobres diablos

«...este Yezpezuelos que no nos podemos vengar dél».

en expresión que recuerda aquella otra recogida por Crisógono de Jesús, cuando nos refiere que al ver llegar a San Juan de la Cruz los demonios decían: «Ya viene el Senequilla, ya viene el Senequilla a hacerme mal»<sup>19</sup>.

Y así, en el relato cada vez se hace más patente el desprecio que el protagonista siente ante los infructuosos empeños de estas legiones de demonios, por lo que nos asegura Fray José de Velasco, que les decía «con gran desprecio» —«O demoñuelos, como se sabe quán para poco soys. Bien sé yo que si mi Señor no os da licencia no podéys nada contra mí. Bien se conoce vuestra flaqueza y pocas

<sup>16</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 183.

<sup>17</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 14 y 48. Cuando se refiere a las contiendas que mantenía Francisco de Yepes con el diablo añade: «Y Jesús se holgaba de verle pelear».

<sup>18</sup> El lanzar por los aires era frecuente artimaña de Satanás; y así estando haciendo oración, «le dieron un soplo tan grande y con tanto impetu que le hizo temblar, y cobró tanto temor que se le erizaron los cabellos, y por poco cayera en tierra sin sentido. Boluio en sí, y sosegose como pudo y entendió como era Satanás». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 54 y 57.

<sup>19</sup> Crisógono de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz*, Madrid, B.A.C., 1946, p. 299 y 338. También Fray José de Velasco en el capítulo segundo de la obra sobre Francisco de Yepes hace referencia a San Juan de la Cruz diciendo que los demonios, «hauian cobrado tanto miedo que huían de donde él estaua». Op. cit. p. 109.

fuerças para conmigo, pues siendo yo un pobre hombre y tan flaco, no me podéis hazer daño»<sup>20</sup>.

Era sin duda la seguridad que le daba confiar en la protección y ayuda divina. Una protección que le resultaría así mismo necesaria para poder salir adelante en medio de una sociedad que aceptaba el privilegio y toleraba la marginación.

## LOS COMPORTAMIENTOS SOCIALES

El estilo de la obra en el que el biografiado está en permanente diálogo con Dios, la Virgen, o el mismísimo Satanás, nos recuerda, en ocasiones, el estilo en el que compusiera su trabajo Alfonso de Valdés en el Diálogo de Mercurio y Carón. Algunas otras semejanzas hay con el diálogo valdesiano —como podremos comprobar— puesto que en la biografía de Francisco de Yepes, como en la barca de Caronte, acabamos por conocer la verdad sobre determinadas trayectorias personales, y por tanto, la condenación o salvación de los personajes que aparecen en el relato.

La obra comienza ilustrándonos sobre algunos de los aspectos más característicos de la sociedad del momento: la fragilidad de la vida humana, y la existencia de insalvables barreras sociales fundamentada en la cuna y en la hacienda.

Así, el padre de Francisco de Yepes muere siendo todavía joven, después de una enfermedad que deja exhaustos los escasos recursos económicos de un núcleo familiar reducido y aislado, puesto que los parientes acomodados del padre le vuelven la espalda cuando se casa con una mujer que, aunque virtuosa y buena cristiana, era de origen humilde y carecía de hacienda:

«No llevaron bien los parientes dél este casamiento por ser desigual en linaje y hazienda»<sup>21</sup>.

A partir de la muerte del cabeza de familia, se inicia el habitual drama social de una viuda pobre con tres hijos. Situación ésta siempre difícil pero que en este caso se agrava por la circunstancia de comenzar a menudear los años estériles<sup>22</sup>

Por eso tras intentar, infructuosamente, que los parientes acomodados de su marido le proporcionen alguna ayuda, toma la decisión de: «dexar parientes y vanas esperanças, buscando a Dios que nunca la desamparó».

<sup>20</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 49. A veces Francisco de Yepes cuando siente cerca la protección divina llega a provocarlos: «vio muchos demonios que estauan lexos, como arrinconados y amilanados viendo los faoures que hazia Nuestro Señor a su sieruo, y assi no ossauan llegar a donde él estaua». Ante esta actitud Francisco de Yepes les increpa: «A demoñuelos qué hazeys? cómo no llegays? Venid acá y dezid lo que sabais contra mí». Op. cit. p. 63.

<sup>21</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 2.

<sup>22</sup> Algunos fragmentos nos recuerdan los relatos de Andrés Bernáldez al referirse a la epidemia de hambre de 1507, como por ejemplo, cuando nos dice: «...no se fallaba pan por ningún dinero...y quando podía auer algún pan de cebada lo tenía a buena dicha». Op. cit. p. 3. Más adelante vuelve a insistir: «En tiempos de necesidad...no se hallaua pan por ningún dinero, y la falta que dello auía era general». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 45.

Desde ese momento, nos dice Fray José de Velasco, «procuró con sus manos trabajar y ganar la comida al telar texiendo tocas de seda». Primero en la villa de Ontiveros y luego en la de Arévalo. Con el tiempo Francisco de Yepes y su mujer se acomodarían también en este mismo oficio, mostrándonos con ello, una vez más, que determinadas actividades artesanales como la del textil se desarrollaban frecuentemente dentro de los límites del núcleo familiar, surgiendo luego un mercader (como el que contacta con la familia Yepes en Arévalo), que comercializaba el producto<sup>23</sup>.

La situación de la madre de Francisco de Yepes no era insólita en la sociedad del momento. Es un caso más; y el relato nos presenta otras historias de viudas pobres y huérfanos necesitados. También encontramos referencias a la fragilidad de la vida y a la elevada mortandad infantil. No olvidemos que de los ocho hijos habidos en el matrimonio de Francisco de Yepes, sólo uno consigue llegar a adulto. Son los resultados de una mala medicina, de una pésima higiene y de una peor alimentación, agudizada por la fragilidad económica de unos tiempos en los que, como hemos señalado, las referencias a las crisis de subsistencia menudean.

Una economía en crisis que, por otra parte, a veces era campo abonado para determinados jugadores de ventaja, que abusando de la credulidad de hombres sencillos y confiados, como Francisco de Yepes, hacían fortuna.

Algunos encuentros tuvo nuestro personaje con ellos y no le causaron pocos sinsabores. Quizá entre todas, la situación más dramática fue aquella en la que perdió buena parte del dinero que intentaba situar para asegurar el porvenir de una huérfana entregada a su custodia. La operación financiera fue un verdadero fracaso, no sólo por que le estafaron abusando de su buena fe, sino porque lo poco que quedaba acabaron por llevárselo los oficiales de justicia:

«la ganancia que sacó fue perder mucho dello y con justicias y escribanos gastar mucha parte»<sup>24</sup>.

Era uno de los muchos riesgos que tenía quien emprendía nuevas operaciones económicas o financieras. Quizá de ahí el temor de nuestros hombres de empresa, pendientes siempre de buscar inversiones seguras aunque fueran menos rentables. Para conocer cuáles lo eran y cuáles no, no debían regatear esfuerzos ni renunciar posibilidades; por ello, joyeros y mercaderes acudían a Francisco de Yepes para que, mediante sus permanentes revelaciones, les pusiera en la pista de si los negocios que proyectaban emprender tendrían fortuna o no<sup>25</sup>.

Además de las referencias a la fragilidad demográfica o económica encontramos en esta obra, algunas veces, interesantes atisbos de crítica social. Dura en ocasiones, como procedente de alguien que vive tan de cerca el mundo de la pobreza y contempla las desigualdades sociales. Esta crítica del funcionamiento social y del «mundo» provoca un deseo de huida de todo lo terreno. Hay que olvi-

<sup>23</sup> El ser tejedora o hilandera era solución laboral que adoptaban muchas viudas. Recordemos lo frecuentemente que se repite este fenómeno en los padrones de calle hita.

<sup>24</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 33.

<sup>25</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 337 y 388.

dar los engañosos deleites mundanos, el ansia de poder, el afán de lujo y ostentación de los privilegiados, y recordar que las riquezas y deleites presentes son efímeras:

«A los del mundo que están metidos en tratos y contratos de haciendas y enfrascados en deleytes y contentos mundanos... les digo que consideren... que poco han de durar, y que presto se han de acabar los tratos y los contratos, las haciendas y las riquezas, las comidas y banquetes, las buenas camas y preciosos vestidos, los contentos y deleytes, las fiestas, toros, comedias y cañas, las pompas, mandos y dignidades desde mundo. O qué mucho han de durar los fuegos y tormentos eternos del infierno... O que mucho ha de durar estar en compañía de los demonios en perpetuo llanto, y *con gran hambre y sed y frío*»<sup>26</sup>.

Se percibe en el texto una advertencia contra esos poderosos pendientes de conservar y aumentar sus haciendas, insensibles a toda esa pobreza que les rodea, e incapaces de pensar en algo que no sean sus propios deleites, recordándoles el hambre, la sed y el frío que, como los menesterosos de la tierra, pueden padecer eternamente.

Frente a ellos se nos ofrece otro ideal humano: el del humilde artesano que es Francisco de Yepes, valorando su pobreza y el trabajo manual que realiza:

«Vivía muy recogido trabajando de sus manos para sustentarse aunque pobremente, siguiendo el consejo de San Pablo que aunque predicaba de día trabaja de noche»<sup>27</sup>.

Esto lo hacía, nos recuerda su biógrafo para cumplir el mandato de Dios que quería que trabajase: «para dar buen ejemplo a todos, y *evitar la ociosidad que es polilla de muchas almas...y para que no se coman los sudores ajenos*». Afirmación ésta un tanto atrevida para ser formulada en momentos en los que la ociosidad parecía extenderse por todas partes, y cuando «comer de sudores ajenos» era práctica cotidiana de algunos<sup>28</sup>.

Pero a pesar de su trabajo, del de su mujer y del de su madre, la pobreza de Francisco de Yepes es tanta, que su familia pasaba enormes privaciones, por lo que la mendicidad acaba por ser la principal fuente de ingresos del núcleo fa-

<sup>26</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 66.

<sup>27</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 17. Expresiones similares aparecen en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, cuando Mercurio recuerda a un sacerdote que debía haber ganado de comer con el trabajo de sus manos, estableciéndose el siguiente diálogo:

ÁNIMA.- No era honesto que siendo yo sacerdote trabajase.

MERCURIO.- San Pablo ¿No era sacerdote?

ÁNIMA.- Sí.

MERCURIO.- Pues él mismo ¿No dice que trabajaba de noche con sus manos para no ser molesto al próximo.

ÁNIMA.- Así lo he oído.

MERCURIO.- Pues haziendolo San Pablo ¿Parecete no te fuera honesto hazerlo tú?

<sup>28</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 18. También Mateo Alemán hace referencia al «comer de sudores ajenos». Por otra parte desear incrementar la población activa era uno de los objetivos básicos del Memorial presentado por Luis de Ortiz a Felipe II en 1558. Ver *Memorial de Luis de Ortiz* en la obra de M. Fernández Álvarez: *Economía, Sociedad y Corona*, Madrid, Guadarrama.

miliar. Gracias a ella, Francisco de Yepes puede ir comiendo, enterrar a sus parientes dignamente, y aún tener dineros para decir misas por sus almas, y hasta para socorrer a otros más necesitados.

No obstante, en su trayectoria profesional como tejedor pobre, hay un momento en el que, siguiendo los consejos de ciertas personas, decide servir «a algunas señoras de escudero para tener alguna ayuda de costas»<sup>29</sup>. Para ello se vistió «lo mejor que pudo, y ciñóse espada»; utensilio este último indispensable en su nuevo oficio de escudero de damas. Aunque, se nos advierte, lo hizo sin gusto, porque su natural pacífico era contrario a unos instrumentos que se utilizaban «para ofenderse y matarse unos a otros»<sup>30</sup>. Con todo el trabajo no le satisface y lo abandona rápidamente, según su biógrafo, porque entorpecía su deseada pobreza y sus prácticas piadosas, aunque cabría sospechar que también por su escasa rentabilidad y sujeción.

Es quizá la última renuncia a bienes temporales, y también una voluntaria marginación social necesaria para sus propósitos.

A partir de esos momentos, Fray José de Velasco nos muestra a Francisco de Yepes realizando un proceso de ordenación personal, que le lleva a la entrega total a Dios, y a una permanente ayuda a su prójimo; siguiendo las pautas que se marcó en el momento de su «reformación» en Arévalo, cuando decide cambiar los cantos y músicas con otros mozos del lugar, por las disciplinas «con soga y cordeles», con las que, nos asegura su biógrafo, se «hazía rigurosas penitencias hasta derramar mucha sangre»<sup>31</sup>.

Tras esta elección inicia sus trabajos de entrega a los demás y sus prácticas de caridad como esforzado limosnero.

¡Aquél que no tenía qué comer la mayor parte de los días!

Y comienza así la biografía de un pobre del Siglo de Oro, por no decir la propia biografía de la pobreza.

Una pobreza, que en el caso de Francisco de Yepes arranca de sus mismos orígenes, pero también, y aquí está lo importante del gesto, de una elección, puesto que pidió a Dios «que le hiziese pobre». Y sin duda, Dios debió escucharle, porque: «se vió muchos años tan pobre que, los más días, no auia en su casa pan, ni dinero, ni las cosas necesarias para su moderada passada»<sup>32</sup>.

<sup>29</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 19. La práctica como se recordará era común en la época, y provocó no pocas protestas contra estos lacayos y escuderos, fijos o interinos. Fray Hernando de Talavera, Fernández Navarrete, y las mismas Cortes critican desde su indumentaria, hasta su elevado número, porque se ocupaban en estos oficios: «muchos hombres que podrían ser muy útiles para la labor del campo, y para los oficios mecánicos, y para la guerra». Cortes de Valladolid, 1602, XIX, p. 834.

<sup>30</sup> *Ibidem*. Recordemos los alegatos contra la guerra de Erasmo o A. Moro. En Utopía se dice que «los utópicos tienen la guerra por cosa bestial, aunque sea menos frecuente entre las fieras que entre los hombres».

<sup>31</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 11.

<sup>32</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 18.

Pero esto no le impide practicar la caridad a manos llenas. Para ello pide limosna por las calles para poder dar de comer a los indigentes, pagar sus entierros, o decir misas por sus almas.

La ocupación no dejaba de ser frecuente, y aún necesaria como práctica asistencial. Recordemos cómo el jesuíta Pedro de León, por estos mismos años, salía a realizar esos mismos menesteres por las calles de Sevilla, pidiendo para los pobres y para los presos de las cárceles. En estas tareas le acompañaban en ocasiones hombres principales, que practicaban así la virtud de la humildad<sup>33</sup>.

También el P. Caro, jesuíta y confesor de Francisco de Yepes, pedía limosna para socorrer a los pobres. La actividad de ambos debió de ser tanta, y tan extremada, que provocaron, nos dice Fray José de Velasco, envidias y calumnias. Por ellas a Francisco de Yepes le llamaron «endemoniado e iluso», lo denunciaron a las autoridades, y acabó siendo puesto en manos de la justicia<sup>34</sup>. En cuanto al P. Caro sus detractores consiguieron que fuera trasladado de Medina del Campo a Soria. Este jesuíta muere el año 1599 visitando y confesando a muchos enfermos de la peste.

Esa continua práctica de la caridad le hace estar en permanente contacto con los marginados sociales, y así mendigos, enfermos y necesitados son los personajes que con más frecuencia deambulan por las páginas del libro de su vida.

De entre los distintos tipos de menesterosos a los que Francisco de Yepes trata de socorrer ocupan un lugar preferente los «vergonzantes» que también son constante motivo de preocupación para el P. Caro<sup>35</sup>. Pensemos que la figura del pobre vergonzante se debió generalizar en esos momentos, como consecuencia de las crisis económicas que podían llevar a la indigencia a quienes gozaban de cierta prosperidad. En la biografía de Francisco de Yepes se nos refiere, por ejemplo, la situación de un hombre que: «habiendo tenido prosperidad», cayó en la mayor indigencia, por lo que pretendió quitarse la vida. De otro lado, la misma legislación surgida de la Nueva Recopilación, contempla con especial cuidado la figura del pobre vergonzante<sup>36</sup>. Y por si todo esto fuera poco, el vergonzante surge tam-

<sup>33</sup> Ver P. de León: *Grandeza y miseria en Andalucía 1578-1616*. Ed. Pedro Herrera Puga, Granada 1981.

<sup>34</sup> «Mandaronle echar en la carcel por orden del Tiniente, como se supo que no quería dexar las demandas que solía hazer, y embiando un alguazil por él fué de buena gana». Fray José de Velasco. Op. cit. p. 19. El problema encaja de lleno en las prohibiciones existentes para la práctica indiscriminada de la mendicidad, que pone en marcha las célebres cédulas de pedir. Cortes y tratadistas bramaban contra la proliferación de los mendigos, o mejor dicho, de los falsos mendigos, puesto que los verdaderos tenían pleno derecho a vivir de la caridad pública. Las prohibiciones arrecian en los años cuarenta, momento en el que surge la obra de Cristóbal Pérez de Herrera, o la de Juan de Medina. Más adelante Fernández de Navarrete llegará a asegurar que se han venido a España los pobres de toda Europa.

<sup>35</sup> Nos recuerda Fray José de Velasco que las limosnas que le llegaban al P. Caro las enviaba para «personas envergoçantes y viudas y viudas pobres»... «y a casas de personas honrradas que se auian visto en prosperidad y entonces tenían mucha necesidad». Op. cit. p. 65. Las Cortes de 1597 en la sesión del 16 de Enero dan así mismo instrucciones para socorrer a los «vergonzantes».

<sup>36</sup> Cuando nos recuerda que: «en muchos lugares hay personas pobres necessitadas que vnos por empacho, y otros por tener indisposición de sus personas, no quieren o no pueden andar a pedir limosna, que comunmente se nombran envergoçantes, y estos son los que padescen mas necessidades que los otros pobres... encargamos que provean y den orden como los dichos envergonçantes sean socorridos en sus necesidades».

bién en las revelaciones que recibe Francisco de Yepes: «Preguntando un día a Nuestro Señor que cuál limosna era más acepta ante su Magestad de las que se hazían a los fieles, le dixo, que la que se haze a los pobres auergonçantes»<sup>37</sup>.

Junto a esa nube de mendigos y pobres vergonzantes va surgiendo en la obra la realidad de otros desarraigados sociales que tienen su origen en la pobreza material o espiritual. Francisco de Yepes comienza a ayudar a los expósitos, buscando amas que los criasen<sup>38</sup>, pidiendo limosnas para atender sus gastos, y tratando de localizarlos con la ayuda de estudiantes y escolares a los que pedía le avisasen cuando supieran de algún niño abandonado<sup>39</sup>. Los días de fiesta los situaba a las puertas de las iglesias tratando de conseguir que desde el púlpito, importantísimo medio de comunicación en la sociedad del Antiguo Régimen, se pidiera ayuda para su crianza:

«los días de fiestas principales los hazia juntar con sus amas, y poner a las puertas de las iglesias, y algunas vezes les lleuaua él en sus brazos, para que viendolos las gentes les fauoresciessen y los predicadores encomendassen en los pulpitos que los socorriesen»<sup>40</sup>.

También comienza a frecuentar los hospitales, donde «hazía las camas y barría los aposentos», y a donde conducía a los pobres que encontraba a punto de morir en las crudas noches del invierno castellano<sup>41</sup>. Esta labor la realizó hasta que fue viejo, «y no podía andar en estas obras de caridad por sus pocas fuerças». Y no iba solamente a los hospitales, sino también a la cárcel, «donde socorría a los presos pobres con algunas limosnas que allegaua»<sup>42</sup>. Esta caritativa misión de socorrer a los presos pobres quizá se la sugiriera su confesor, el jesuíta P. Caro, puesto que los miembros de la Compañía tuvieron con frecuencia a su cargo la tarea de atender espiritual y materialmente a los presos de la cárcel.

Además de los enfermos, de los expósitos y de los presos pobres también trata de socorrer y de apartar de su oficio a las mujeres públicas intentando acomodo-

<sup>37</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 27.

<sup>38</sup> Sobre el problema del expósito en la España del siglo XVI ver M. Fernández Álvarez: *La sociedad española del Renacimiento*, p. 167.

<sup>39</sup> «Entre otros ejercicios de caridad en que se empleó, fue vno el hazer criar a los niños expósitos, que echauan a las puertas, y en buscar amas que los criassen, y pedir limosnas por las calles, y por las puertas de las iglesias para pagar los gastos que con ellos se hazian». Op. cit. p. 21.

<sup>40</sup> *Ibidem*.

<sup>41</sup> «En tiempos frios y nieues salía algunas noches con una linternilla a buscar por los portales, y debaxo de las mesas de las plaças a los pobres, que se quedauan allí echados, para llevarlos al hospital, y algunas vezes los lleuaua a cuestras». Op. cit. p. 22. Los intentos de recoger a los mendigos en hospitales fueron frecuentes, pero llamados al fracaso. Ver Cristóbal Pérez de Herrera: *Discurso del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*.

<sup>42</sup> Como los presos tenían que pagar elevados precios por la comida, pese al establecimiento de aranceles, la situación de los que era pobres debió ser especialmente dura, como nos recuerda el jesuíta Pedro de León al referirnos que para remediar esta situación salía a la plaza de San Salvador de Sevilla a pedir «lismona para sustentar a los presos pobres que morían de hambre. P. de León. Op. cit. p.

darlas en algún trabajo honrado, aunque no siempre tuvieron fruto sus buenos oficios<sup>43</sup>.

Al lado de este mundo de pobreza y marginalidad también podemos encontrar interesantes referencias de otros sectores sociales, a los que pertenecen aquellos por quienes Francisco de Yepes ejerce, con sus oraciones, oficio de mediador. Se trata de hombres poderosos, de funcionarios de justicia, o de religiosos, cuyas trayectorias personales aparecen reflejadas en el texto de un modo crítico, preparando así al lector, para darle luego noticia de cómo sufren condenación eterna.

Las alusiones más numerosas son aquellas que hacen referencia a los oficiales de justicia. Como es sabido el tema empezaba a ser un tópico en el que caían muchos escritores del momento, creando personajes caricaturescos; aunque toda caricatura, si está bien hecha, sirve para identificar inmediatamente al representado. Fray José de Velasco nos cuenta cómo en cierta ocasión Francisco de Yepes decidió encomendar en sus oraciones a tres oficiales de la Audiencia, «para que en sus oficios acertasen y no offendiesen a Dios». Como la petición no llevaba traza de haber caído demasiado bien, Francisco decidió preguntar al Señor: «¿Hase de condenar alguno?». A lo que éste respondió: «Mejor dixeras si se ha de salvar alguno». Después de semejante afirmación, no nos sorprende saber cómo se han condenado un corregidor y un regidor. El corregidor porque no hacía bien su oficio, puesto que «era amigo de intereses y se dexaba cohechar»<sup>44</sup>. En cuanto al regidor, porque tampoco administraba bien su oficio, «por no mirar por el bien común, sino por su interés y provecho particular»<sup>45</sup>.

Más adelante tenemos noticia de la condenación de un escribano y de algunos otros oficiales de justicia, revelándole Dios, finalmente, que de todos los oficiales de la Audiencia, sólo dos «hacían fielmente su oficio». Lo cual lleva a comentar a Fray José de Velasco:

«... bien poca justicia se debía guardar entre los oficiales del Audiencia, pues todos quantos auía sólo dos hacían bien su oficio»<sup>46</sup>.

Tan peligroso debía ser para la salvación eterna detentar cargos administrativos o de justicia, que un regidor virtuoso, temiendo perder su alma, consideró vender su cargo de regiduría. Consultó el caso a Francisco de Yepes, que inmediatamente recibió la revelación de que no debía hacerlo, sino procurar con su oficio mirar por el bien común, y «fauorecer a los pobres», porque convenía que en el regimiento *“huuiesse quien uoluiesse por la justicia”*<sup>47</sup>.

Pero la crítica va a veces más allá de la simple actuación de los oficiales de justicia, encarándose, tímidamente, con la misma práctica judicial, como cuando

<sup>43</sup> La política oficial era regular la vida de la mancebía reglamentando su funcionamiento. M. Fernández Álvarez: *La Sociedad española del Siglo de Oro*, p. 206 y ss.

<sup>44</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 74.

<sup>45</sup> *Ibidem*.

<sup>46</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p.

<sup>47</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 75.

tras una referencia a la tortura aplicada a un reo, se nos dice que «puesto en tormento *confesó lo que no había hecho*»<sup>48</sup>.

No son a veces mucho mejor tratados los poderosos de este mundo; así, nuestro Francisco de Yepes tiene también revelación divina de la inevitable condenación de la mujer de un grande de España, asegurándole Dios que esto va a suceder:

«porque es soberbia y tiene mucha cólera con la gente de su casa y ha menester ser más humilde y sufrida»<sup>49</sup>.

En otro momento conoce por revelación que va a condenarse un «señor de vasallos». Y por si a Francisco de Yepes le queda aún alguna duda sobre el penoso final que tendrán en la otra vida algunos poderosos de este mundo, le asegura, a renglón seguido, que las personas ricas y principales tienen mucho riesgo de perderse. Tan evangélica afirmación se esclarece algo más en otro momento; cuando al encomendar a Dios a un hombre rico y limosnero, pero que había tenido en su casa «juego y tablagería», y «tratos y negocios de hazienda», ... «que traen mucho peligro a la conciencia» le acaba por explicar Dios a Francisco el mal camino que lleva la salvación de este hombre, porque:

«estas personas principales y ricas, *assi se tragan los pecados como si bebiesen agua*. Pareces poco hazer las cosas que les dan gusto, sin hazer caso de la ofensa que ay»<sup>50</sup>.

Veamos finalmente cómo se juzga al colectivo religioso. Se trata de un sector amplio, si seguimos los datos aportados por el padrón de 1591<sup>51</sup>, o desmesurado si nos atenemos al juicio de Sancho de Moncada o de otros contemporáneos.

Las referencias no son escasas, puesto que Francisco de Yepes o está con miembros de la Iglesia, o con sus pobres. Porque sus visitas al hospital y a la cárcel no merman ni deterioran sus estancias en iglesias y conventos.

El autor del trabajo desea llevar al lector a la idea de que elegir la vida religiosa no es, ni con mucho, un camino seguro para la salvación. Este concepto es algo así como el prólogo con el que trata de introducirnos en la crítica de aquellos que eligieron el claustro sin renunciar al mundo, por lo que «se tratan y regalan mejor que los hombres mundanos». Estamos ante el problema de las falsas vocaciones que las rígidas reglas de las Órdenes reformadas trataban de corregir. Pero quedaba aún mucho camino por recorrer, y eran muchos los que no vivían con arre-

<sup>48</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 138. No olvidemos que las Cortes nos hablan de las «exquisitas torturas que los jueces inventan cada día». Cortes Madrid 1592/98, XVI, p. 646.

<sup>49</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 81. En *La Celestina* se nos recuerda que las criadas raras veces «oyen su nombre propio» de boca de sus señoras, «sino puta acá, puta acullá». ¿A do vas tiñosa? ¿Qué hiciste bellaca?». Como señala Fernández Álvarez la ramera Areusa resume esta práctica en breve frase: «su placer es dar voces, su gloria es reñir». M. Fernández Álvarez: *La Sociedad española del Siglo de Oro*, p. 444 y ss.

<sup>50</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 82.

<sup>51</sup> Ver F. Ruiz Martín: «Demografía eclesiástica», en *Diccionario de Historia Eclesiástica*.

glo a lo que cabía esperar de la elección que habían realizado. Por eso, contra ellos la crítica es dura, y la revelación divina implacable:

«... y sabete que muchos religiosos y religiosas, que parece que dexaron el mundo y regalos, se están metidos en él, y se tratan y regalan mejor que los hombres mundanos; y para esto más les valiera estar allá, que no fuera la pena en el infierno tanta como será a los que son malos religiosos»<sup>52</sup>.

Tampoco se escapan a la crítica los ambiciosos, los sedientos de poder, que no dudan en conseguir una dignidad o cargo eclesiástico mediante prebendas:

«Ay muchos frayles y monjas y muchos eclesiásticos que dessean mucho ser preladados y mandar. Y no sólo hazen diligencias para ello, pero si pueden lo compran a dinero»<sup>53</sup>.

Las críticas no eran nuevas, puesto que expresiones muy similares a estas podemos encontrarlas en otras fuentes, tanto literarias como jurídicas.

Junto a estos graves problemas menudean en el texto referencias a defectos de menor cuantía, frecuentes en la época, y a los que el grupo no era desde luego ajeno; como era el jurar en exceso, así como el mostrar una desmesurada afición al juego: «por dos cosas corren gran peligro los que están en el mundo, la una es por jurar y la otra es por jugar. Especialmente en sacerdotes y personas eclesiásticas»<sup>54</sup>.

Los juicios sobre la Compañía de Jesús son, en cambio, muy elogiosos. Y no solamente cuando se habla del Padre Caro, su confesor, al que se dedica una amplia referencia, sino cuando se alude a las actuaciones de la Compañía, valorándose sus «sermones, confesiones y doctrina», así como los Ejercicios Espirituales. Además de por esto, la llegada de los padres de la Compañía a Medina del Campo es vista por Fray José de Velasco como un cambio renovador, que concluye con el silencio y la cobardía que rodeaba todo lo relacionado con «revelaciones» y «gracias celestiales», ya que eran «materia nueva para los del mundo», hasta que, (nos dice) «Nuestro amoroso Jesús embió esta su sancta Compañía con la que la Iglesia ha recibido mucho aumento»<sup>55</sup>.

En cuanto a las Órdenes monásticas femeninas también se recoge parte de su problemática, surgiendo así la cuestión del ingreso en los conventos por presiones familiares o sociales. Esa falta de vocación provocará en muchas monjas una enorme tibieza religiosa, así como una desmedida afición a «locutorios y redes», por lo que su condenación, concluye el fraile, será irremediable<sup>56</sup>.

<sup>52</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 156. Alfonso de Valdés en el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* expresó este concepto: «...piensan unos que porque rezan un montón de salmos, o manadas de rosarios, otros porque traen el hábito de la Merced, que ya no les falta nada para ser buenos, teniendo por otra parte su envidia y su rencor y su avaricia y su ambición».

<sup>53</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 158.

<sup>54</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 44.

<sup>55</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 16 y 17.

<sup>56</sup> «La perdición de muchas monjas y la causa de la condenación de muchas nace de las gradas y redes, donde el demonio con sus lenguas las encadena en yerros». Op. cit. p. 156 y 157.

Además de estos problemas, se atisban ciertos estados de histeria colectiva provocada por situaciones que hoy nos parecen baladíes, y que nos describe Fray José de Velasco con sencillo realismo.

«... turbáronse todas las religiosas. Muchas dellas tuuieron desmayos y mal de coraçon y otras con llorar y voces estauan como fuera de sí»<sup>57</sup>.

Un mundo complejo, diverso y conflictivo éste que rodea a las gentes de la Iglesia, aunque no muy diferente del ambiente social que rodea una época cargada de conflictos.

Frente a las rencillas, ambición y defectos de algunos religiosos el autor parece estarnos ofreciendo, como contrapunto, un modelo de vida religiosa diferente: el que encarna Francisco de Yepes, un hombre que crea una familia, y tiene que ver morir a siete de los ocho hijos que le nacieron. Profundamente piadoso, sencillo hasta la simplicidad, amigo de la verdad, carente de ambiciones personales y preocupado por su prójimo. Alguien en permanente combate con el Diablo, o con legiones de diablos, pero también en combate con el hambre y la miseria que le rodean. Incomprendido en su trabajo y perseguido, a veces, en su tarea, pero que no cesa en ella; por lo que acaba siendo, a pesar de su simplicidad, o precisamente por ella, un elegido de Dios.

Quizá, como señaló Bataillon, estamos en este caso —como en el *Diálogo de Mercurio y Carón*— ante la exaltación de un ideal de vida laico frente a determinadas formas de vida religiosa, aunque posiblemente el autor no deseo decirnos tanto. Por lo que si trazó, tal vez también sin proponerselo, fue el cuadro de una sociedad que, como el Profesor Fernández Álvarez tantas veces ha señalado, báscula entre el privilegio y la marginación.

<sup>57</sup> Fray José de Velasco. Op. cit. p. 151.